

PREMIOS LITERARIOS

EL PREMIO LITERARIO «ATENEA» correspondiente a 1932 fué otorgado al escritor chileno *Luis Durand*. Como se sabe la Universidad de Concepción instituyó este premio y lo destinó a la mejor obra chilena, publicada durante el año. El jurado permanente que la Universidad nombró para este objeto, compuesto de los señores: Enrique Molina, Luis David Cruz, Félix Armando Núñez y Domingo Melfi, dictamina acerca del mérito de las obras en el año siguiente de su publicación. El premio que lleva el nombre de esta Revista, se otorga únicamente a obras literarias.

El autor premiado lo había sido ya, si así pudiera decirse, por el público. Pocos escritores chilenos han logrado como Durand en tan corto tiempo (su primer libro *Tierra de Pellines*, se



Luis Durand

publicó en 1929) un contacto más rápido con los lectores. Y es que Durand posee en alto grado la cualidad de interesar y, además, otra importantísima, la de narrar con livianura. Los temas de Durand son todos campesinos, pero sabe comunicar a ellos una nota muy personal y tierna. Durand es un buen pintor de costumbres del campo. Conoce los secretos de esa vida; vivió largos años en las regiones del sur y aprendió a penetrar en el secreto de la psicología simple de los personajes que más tarde, con sus pasiones y sentimientos, ha trasladado a sus cuentos.

El género criollo o género nativista que se le denomina en otros países de América, se ha enriquecido en Chile con un escritor de mérito, consciente de su labor, sincero y enamorado de los temas que aborda. El Premio ATENEA que acaba de concedérsele no hace sino confirmar el juicio de los lectores. Durand ha sido y es uno de nuestros más constantes colaboradores y es, por esto, doblemente simpático para la dirección de esta Revista dar cuenta a nuestros lectores de esta grata noticia.

También le ha correspondido a dos escritores chilenos este año inaugurar el premio de la *Academia Roma*, instituido en Chile por el Embajador de Italia señor Orazio Pedrazzi. De este modo Italia concurre a la tarea de estimular las letras chilenas otorgando premios a aquellos libros que a juicio de un Jurado nombrado especialmente y en el que alternan escritores chilenos e italianos, sean acreedores a él. El premio recayó sobre dos escritores de indiscutibles méritos: Edgardo Garrido Merino y Eduardo Solar Correa. El primero lo obtu-



Eduardo Solar Correa

vo con su magnífica novela *El hombre en la montaña*, de tema y calidad españoles y el segundo con su libro de ensayos críticos *Semblanzas literarias de la Colonia*, en el que se estudian con singular maestría, escritores representativos de la época colonial de Chile. Solar Correa es, además, autor de varios libros didácticos y de ensayos de crítica literaria que han sido siempre acogidos con elogio por la crítica nacional.



Edgardo Garrido Merino

Con ocasión de la aparición de la novela *El hombre en la montaña*, que es una recia y noble novela, cuyo escenario está colocado en Aragón y cuyos tipos son de pura estirpe montañesa, lograda espléndidamente por el estilo y la composición de los cuadros,—Garrido Merino vivió largos años en España—el escritor chileno Augusto Thompson que reside desde hace tiempo en Madrid, le envió una carta bellísima, como todo lo de D'Halmar, que al reproducirla nos ahorrará otros comentarios sobre la novela. Dice la carta:

Mora de Toledo, último día de septiembre de 1933.

«Durante estos dos días he tenido suspendido mi trabajo y he vivido suspenso de su libro, consciente de asistir, además de mi emoción íntima de

lector, al acontecimiento que supone para un escritor desinteresado una gran novela y un nuevo gran novelista.

Así *La Montaña* me ha procurado tres alegrías: su lectura; saber que la había escrito usted; saber que es usted mi paisano, es decir, constatar que no nos está vedado a los americanos producir grandes obras.

La suya es la mayor que yo sepa entre cuantas hemos intentado algunos con asunto europeo. Y ya sabemos que, sea o no influencia del ambiente, con asunto criollo, apenas si se ha logrado hacer algo en América.

Acabo de cerrar su libro y siento a la par la tristeza y la alegría de haber tocado una cumbre, así sea de cualquier montaña, que los Himalayas no están en nuestro camino ni tenemos vocación de exploradores. *Su montaña* no tiene que envidiar a ninguna ascensión, tan profundamente humana tan cordial y tan noble. Deja, eso sí, la alegría triste de las realizaciones.

No sé expresarme, ya que usted sabe, nunca he sabido hacer crítica. Su mujer debe sentirse feliz. Sus amigos, a través de esa obra tan impersonal, hemos podido medir cuanta riqueza atesora su corazón.

No he sentido surgir un solo reparo en el curso de esta primera lectura. Y digo primera, porque estoy seguro de repetirla con igual deleite.

¡Qué suerte, mi querido Edgardo, de poder concretarse, poder expresarse así! He recordado a menudo a su padre con el dulce afán de dirimir con el diccionario cualquier duda. ¡Qué satisfecho no estaría de ver que nada se pierde a través del tiempo, y que si él supo leer—lo cual ya es difícil—usted sabe escribir, lo que supone algo casi milagroso!

Me estaría escribiéndole largo y tendido, sin parar y sin temor ninguno, puesto que ahora sé quién es usted. Otros lo sabrán también, pero con amargo despecho. En España, en cualquier parte, tendría su libro la acogida que merece.

Adiós, amigo, y gracias. No le he sabido expresar nada de lo que siento, pero ¡qué hacerle! Usted, en cambio, se me ha revelado inolvidablemente. Sin embargo, a un «Andrés Lucena» le bastarían estas palabras para presentir el tono con que se dicen, y las que se callan y no se dicen de ningún modo.

Yo me precio de ser su paisano, su amigo y su muy modesto, pero sincero compañero: *Augusto D'Halmar*.

Quedan todavía otros premios literarios que deberán otorgarse en el curso de este año: el premio Municipal y el premio Club Hípico. Además el premio ATENEA correspondiente a 1933.

Los escritores chilenos pueden ya trabajar en paz, sin las urgencias y las acritudes inherentes a la carrera de las letras. Han conseguido la victoria después de largos años de lucha.

No hay, en verdad, en este triunfo, ni vencedores ni vencidos. Los premios literarios que ahora salen en busca del autor, son el producto de períodos enteros de propaganda paciente, silenciosa y, a menudo, heroica, por la conquista de derechos que ninguna sociedad medianamente organizada había negado a los creadores literarios.